

Este relato es la última entrada en la larga historia de la saga de Dune. Nos lleva al Dune de Frank Herbert, la novela que lanzó la serie. Los autores, Brian Herbert —el hijo de Frank—, y Kevin J. Anderson nos ofrecen una historia que se desarrolla durante el lapso de dos años en que Gurney Halleck está solo, y Paul Atreides se está convirtiendo en el líder de los Fremen. Durante décadas, los lectores se han preguntado: «¿Qué estaba haciendo Gurney?». Esta es su historia.



Las aguas de kanly

Los años perdidos de Gurney Halleck

Brian Herbert
Kevin J. Anderson



Título original: *Dune: The Waters of Kanly*
Autores: Brian Herbert y Kevin J. Anderson
Publicado originalmente en *Infinite Stars*, una antología junto a relatos de «ópera espacial» por otros autores
Publicación del original: 2017

Traducción: Danienlared
Revisión: …
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 1.0
14.06.18
Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este relato ha sido realizado por admiradores de Dune y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Brian Herbert, hijo de Frank Herbert, es autor de numerosas y exitosas novelas de ciencia ficción, y de una esclarecedora biografía de su célebre padre, el creador de la famosa saga *Dune*, que cuenta con millones de lectores en todo el mundo.

Kevin J. Anderson ha publicado veintinueve *bestsellers* y ha sido galardonado con los premios Nebula, Bran Stocker y el SFX Reader's Choice.

I

«La sangre es más densa que el agua.

El agua es más valiosa que la especia.

La venganza es lo más valioso de todo».

—Canciones de Gurney Halleck

Las cuerdas del baliset sonaron y el volante giro, produciendo una canción triste… como siempre hacía.

Gurney Halleck usaba el multilector, centrado en la música que venía de su amado instrumento, inmerso en su estado de ánimo, el dolor y el odio. Con la música, el no necesitaba pensar en el ardiente aire seco, las cuevas de pared de roca de los escondites de los contrabandistas, la aflicción que se había asentado en sus huesos tan profundamente, y que aún estaba allí pese haber pasado un año entero.

Las fuerzas Harkonnen habían entrado en la fortaleza Atreides tan pronto como los escudos de la fortaleza cayeron gracias a un traidor aún no identificado, no tenía la más mínima duda. Gurney estaba convencido que esa persona era la bruja Jessica, y debido a ella el Duque Leto estaba muerto, el joven Amo Paul estaba muerto también, así como el leal Maestro Espadachín Duncan Idaho, un Maestro de Armas al igual que Gurney.

Y si sus informes eran correctos, fue la propia Jessica.

Después de que los Harkonnen tomaran posesión de nuevo de Arrakis, el planeta más conocido como Dune, Gurney era el único oficial superviviente, él y 73 hombres más. El Mentat Atreides Thufir Hawat fue capturado vivo, y ahora servía al vil barón Harkonnen. Solo Gurney y sus hombres permanecían libres, y hablaban de cobrarse la venganza a menudo.

Pero era difícil y se había alargado en el tiempo. Dejo que las emociones fluyeran y canto un triste estribillo:

«Un hombre de su gente, no de sí mismo,
El Duque Leto traicionado, oh, ¿quién pudo haber sido?,
¿De todos los nobles, por qué nuestro galante Duque?,
Yo nunca te olvidaré, nunca perdonaré…».

Gurney observaba como las sombras caían sobre el tras las luz de los globos suspensores cerca del techo de roca. Un hombre fuerte, más alto que Gurney por una cabeza, de rasgos que parecía estar hecho de roca volcánica que un escultor inexperto había usado para crearlo tras tomar demasiada cerveza de especia, estaba allí. Orbo era uno de los contrabandistas de confianza que había servido a su líder, Staban Tuek, durante años. Poseía una fuerza física muscular y resistencia excelsa, pero carecía de seso.

Gurney se mantuvo tocando a pesar de todo, ya que sus canciones rompían el silencio y enfadaban a Orbo. El resto del grupo ocupaba esa especie de salón de roca en el

escondite de los contrabandistas, su improvisado sietch en el desierto profundo. Las cuevas naturales habían sido cavadas más profundamente con maquinaria pesada, y las cámaras-dormitorio parecían las cabinas de un puente espacial en un carguero.

Muchos de los hombres de Gurney estaban en el salón de roca jugando, hablando de sus hogares hace tanto tiempo perdidos en Caladan, describiendo sus aventuras con mujeres en días pasados. Muchos discutían sobre negocios, porque Staban Tuek era quien determinaba el momento y el lugar de sus acciones, y los contrabandistas le seguían.

Los dedos de Gurney seguían sobre las cuerdas del baliset. La cara de Orbo se enrojecía más y más, como si pareciera que no era capaz de articular en palabras su enfado.

—No eres aficionado a la música, ¿verdad? —Gurney preguntó. Lo imaginaba ya que el gigantón mostraba disconformidad a menudo al oírle tocar y cantar.

—Oh, la música está bien —dijo Orbo con voz profunda debido a una vida larga respirando polvo—. Lo que no me gusta es tu música. Me gusta la música alegre, divertida —dijo tosiendo. Tus canciones tienen demasiado odio y ánimo de venganza.

Los ojos de Gurney se entrecerraron. Aquel hombre estaba pisando terreno peligroso y podía hacerse daño si seguía por allí, no importaba lo fortachón que fuera.

—Quizás la venganza es la cosa más importante sobre la que puedo cantar… y más aún después de lo que hizo la Casa Harkonnen…

Orbo sacudió su cabeza.

—Somos contrabandistas y no tenemos tiempo para la política. Tú eres peligroso.

Con la palma de su mano Gurney paro el giro del volante del baliset.

—Cuando mis hombres y yo nos unimos a vosotros, le jure a Staban que dejaría de lado mi venganza y encontraría el modo adecuado de ejecutarla, pero no que me olvidaría de ello. —Su voz se mezcló con la emoción propia—. Pensar en la venganza me hace seguir adelante.

Orbo agarro el baliset, arrebatándoselo de sus manos. Gurney trato de evitarlo, pero aquel fortachón lo reventó contra la pared caliente de roca. Un sonido discordante salió del baliset, como si fueran los fantasmas de las canciones tristes de Gurney. Con un gruñido enfadado, lanzo los restos del baliset a los pies de Gurney.

—Ahora que ya no puedes hacer música, al fin tendremos paz.

En otro momento, Gurney podría haberlo asesinado en aquel mismo sitio. Apretó la mandíbula, haciendo que la cicatriz de la tintaparra pasara a un tono morado como una serpiente. Muchos de los otros supervivientes Atreides se dieron la vuelta dispuestos a matar a Orbo si este intentaba huir. Gurney alzo una mano, deteniéndoles. Se tragó su propio odio, metiéndolo en un lugar interno de su mente, como venía haciendo desde aquella fatídica noche.

Staban Tuek emergió desde una pequeña cámara que usaba como oficina, y su expresión era sombría. Primero miro al apartado Orbo y después al instrumento destrozado sobre el suelo.

—¿Qué has hecho ahora, Gurney Halleck? —preguntó.

Gurney trato de controlarse. «Todo a su tiempo, y hay tiempo para todo».

—¿Así que ves mi más preciada posesión destrozada, y lo primero que preguntas es qué he hecho yo?

—Sí, lo hago. —Miro el túnel por el que Orbo se estaba marchando—. Ese hombre no tiene imaginación para ser cruel. Has hecho algo que le ha irritado. Que le ha irritado seriamente.

Gurney movió sus dedos como si estuviera tocando un baliset imaginario.

—Parece que a algunos de tus hombres no le gustan las canciones tristes.

El líder contrabandista resoplo.

—A ninguno nos gustan. Y estamos ya bastante cansados de ti. —Su expresión se suavizo y sonrió para mitigar sus palabras—. Tú estás obsesionado por la derrota de los Atreides, más que por las victorias que vendrán. Tú y tus hombres sois contrabandistas y deberíais estar pensando en saqueos de especia, aprovechar el mercado negro y robar equipo a los Harkonnen y revendérselo a precios exorbitantes. —Staban sacudió su cabeza—. El pasado está ya pasado. Y recuerda lo que te dije la primera vez que viniste a mi después de la caída de Arrakeen, cuando apareciste sucio y quemado, débil y hambriento.

—Aquella misma noche tu padre fue asesinado por los monstruos Harkonnen —dijo Gurney.

Staban se crispo, pero relajó su gesto y se centró en lo que iba a decir.

—Te di un hogar pero te avise que no buscaras la venganza rápidamente contra nuestros nuevos señores planetarios, la Casa Harkonnen. Como decía mi padre: «Una piedra es pesada y la arena es ligera; pero la ira de un tonto es más pesada que las dos juntas».

—Recuerdo la cita —respondió Gurney—, pero prefiero otra de Esmar Tuek. —Sonrió iluminando el gesto de la cara: «Hay más de una manera de destruir a un enemigo». Le pego una patada a los restos del baliset como si estos no significaran nada para él. Comparados con sus planes, el instrumento perdido era una cosa trivial. La venganza contra los Harkonnen, contra el repugnante gobernador Bestia Rabban era lo principal—. He estado reflexionando sobre algo de la Biblia Católica Naranja: «Un hombre que piensa tiene infinitas opciones, pero un hombre reactivo está condenado a un solo camino».

—Tú siempre tienes una cita. Para cada ocasión, parece. ¿Y ahora qué quieres decir con eso?

—Significa que tengo una idea de cómo puedo hacer daño a Rabban, una que resulte beneficiosa para ambos.

—Tuek quedo intrigado. —Prefiero esa línea de pensamiento. Cuéntame.

—Gurney se sacudió y camino con el líder contrabandista de vuelta a la oficina, hablándole en voz baja. —Los cargamentos regulares de suministros y equipo vienen desde fuera del planeta a la guarnición de Rabban en Carthag. La Bestia no debe tener

todo listado—. Se dio una pausa, dejando la idea que profundizara en Staban. La cara de este reflejaba sus pensamientos.

—Primero —dijo Gurney, tenemos que conseguir un encuentro del embajador no-oficial del Emperador con los contrabandistas.

II

Como Gurney ya sabía, este no era un hombre en el que se pudiera confiar.

El Conde Hasimir Fenring tenía rostro de comadreja, inquieto por conseguir una gran cantidad de poder. Aparentemente, Fenring había sido un amigo de la infancia del Emperador Padishah Shaddam IV. Habían compartido muchos juegos y aventuras violentas, y de acuerdo con los rumores, era el asesino del padre de Shaddam, colocando en el trono al Príncipe. En la superficie, Fenring tenía la habilidad de parecer inocuo e inofensivo, con su estilo amanerado de conversar, aunque tenía una mirada como la de un par de agujas quirúrgicas. Era el asesino del Emperador en Arrakis. Gurney lo sabía bien, no era un hombre que pudieran subestimar, e incluso podría haber estado metido en el complot que destruyo a los Atreides.

Fenring había acudido a Carthag en viaje de negocios oficial, para reunirse con Glosu Rabban y asegurarse que tras un año completo de operaciones de recolección de especia, la producción de la valiosa sustancia geriátrica que solo se encontraba en aquel planeta, alcanzaba la cifra esperada. El Conde Fenring tenía un sinnúmero asuntos no oficiales al servicio del Emperador, de los cuales ni los Harkonnen ni el Landsraad de nobles sabían nada. Por lo que por lo ilícito de sus acciones con contrabandistas como Tuek, recibía el título nada oficial de «Embajador de los Contrabandistas».

Carthag, una nueva ciudad hecha de metal con edificios prefabricados colocados sin ningún cuidado, era un lugar de callejones oscuros y esquinas afiladas donde las tropas Harkonnen mantenían el poder sobre la población, un lugar donde la felicidad era una rara y cara comodidad.

A través de sus conexiones con mercaderes y militares al mando en Carthag, Staban le deslizo un mensaje y el Conde Fenring había arreglado el encuentro en un bar sin salidas de aire bajo un callejón lateral, donde el precio del agua era más caro que cualquier bebida exótica o extravagante. El propietario había pagado sustanciosos sobornos a los guardias Harkonnen para asegurar que su establecimiento de bebidas no oficial se mantuviera tranquilamente, así que los clientes podían tener un poco de intimidad.

Gurney y Staban llevaban polvorientas ropas del desierto, y Gurney mantenía puesta la máscara del destiltraje y la capucha sobre la cabeza, mientras que Staban era más temerario, confiado en que nadie podría reconocerle… o al menos nadie quisiera hacerlo. El extraño canturreo de la música de semuta sonaba de fondo. Nubes de aroma de incienso estaban en el aire. Todo tipo de clientes polvorientos ocupaban el bar, muchos de los cuales estaban ocupados en conversaciones a susurros como si estuvieran planeando algo ilegal.

Un hombre emergió a través de la puerta sellada, y Gurney reconoció a Fenring, el representante imperial, un hombre con sus propios secretos y objetivos. Llevaba un traje tradicional local sin marcas militares Harkonnen; tela plegada y polvorienta, y una máscara atravesaba su cara, pero parecía que no era alguien que perteneciera allí. Al

principio Gurney pensó que Fenring —con su fina educación y maneras nobles— estaría incomodo en un lugar como ese, pero observo como los ojos entrecerrados de Fenring no mostraban preocupación en absoluto. No, la forma que se comportaba Fenring era una actuación. En cualquier momento podía esconderse en las sombras con una daga u otra arma y hacer exactamente lo que necesitaba ser hecho, sin duda ni el más mínimo remordimiento.

Staban le señalo con un gesto de la mano, y Fenring se deslizo con paso ligero. Se sentó en una dura silla, se quitó la máscara. Gurney y Staban ya tenían sus bebidas, cerveza diluida de especia.

Fenring hizo un gesto con un dedo para que la hosca y flacucha camarera se acercara a él.

—Ah, quisiera agua, por favor. Agua purificada, por supuesto, pero con un toque de limón. ¿Hagamos especial este encuentro, hmmm?

—Agua —dijo ella. Veré si encuentro algo que le dé sabor.

Aunque Staban había pedido la reunión, Fenring tomo el mando, inclinándose sobre la mesa, echando un ojo a Gurney sin reconocerle y centrándose más en el líder contrabandista.

—He venido a vigilar las actividades del Gobernador Rabban aquí. ¿Temo esto no le va a hacer bien, hmmmm?

—Esperamos ese sea el caso —respondió Gurney.

Fenring de pronto le prestó atención a él. Se habían visto previamente, en una breve ocasión cuando Gurney estaba con el Duque Leto, pero el Conde aun no mostraba indicación de reconocerle. Aun así, parecía que intentaba hacer memoria.

—Interesante, hmmmm…

Staban interrumpió.

—Nos da igual quien es el gobernador planetario, mientras podamos realizar nuestro trabajo, sin ser molestados.

—Y es por eso que hago negocios con usted, mi querido Staban, ahhh —dijo Fenring—. Por las buenas intenciones, o las malas, de los nuevos señores Harkonnen, el Emperador Padishah no le gusta el cuello de botella en la producción de especia, ni le importa esta fuente de melange de mala fama. Los gobernadores imperiales son tan notorios… ummm… tan poco de fiar. Después de todo, ¿mira lo que le ocurrió al pobre Duque Atreides, hmmm?

Gurney sintió el calor del enfado bajo su piel, respiro profundamente buscando coraje. Se quitó la máscara, los filtros nasales, la capucha, mostrando su cicatriz de tintaparra en la mejilla, la cicatriz que el propio Rabban le había infligido después de la horrible violación y paliza que sufrió su hermana, y ante sus propios ojos…

—Si, mira lo que le paso a los Atreides. Mira lo que le paso a mi Duque. —Espero un momento a que Fenring le estudiaba, inmerso en sus pensamientos y memorias, intentando reconocerle.

—Tú eres uno de los hombres del Duque. Uno bien conocido, hmmm… Halleck, ¿verdad?

—Gurney Halleck.

—Muy desafortunado lo que le ocurrió a tu Duque, si, muy desafortunado. Y no estoy sorprendido que alguno de los hombres del Duque sobrevivieran, pero me sorprende es verlos entre los contrabandistas.

—Tuve pocas opciones. —Gurney respondió con un gruñido. Él bebió su cerveza, y la camarera trajo el agua de Fenring. Parecía turbia con algún aditivo oleoso encima. Fenring bebió, hizo una mueca, pero se lo agradeció de igual manera a la camarera.

—Los Atreides cayeron, y aquello no fue únicamente cosa de los Harkonnen. Hubo traición. —Gurney se inclinó sobre la mesa—. ¿Traicionó el Emperador?

Fenring le miraba atónito por la idea, Staban reacciono alarmado.

—No quiso decir eso, señor…

El Conde miro a Gurney.

—Le aseguro, hmmm, que el Emperador no toma parte en las pequeñas disputas del Landsraad.

El Maestro de Espadas dejo sus codos en la mesa.

—Entonces debimos estar imaginando cosas cuando combatimos a enemigos con uniformes Harkonnen que tenían claramente entrenamiento Sardaukar.

Fenring tomo una pausa.

—Entonces el Barón debe haber contratado algunos mercenarios con excelente entrenamiento.

Gurney no le creyó ni por un momento, pero lo dejo pasar. Fenring sabía algo aunque probablemente no estaba inmerso en el plan. Como mínimo, él y el Emperador miraron hacia otro lado y dejaron que los Harkonnen cometieran traición. Respiro profundamente. Aquello no estaba en su punto de mira ahora.

—Política y políticos —dijo— y que se vayan a los malditos siete infiernos todos. Sé quién fue el traidor. Jessica. La concubina de mi amado Duque, la mujer que compartía su cama, la madre de… —su voz se interrumpió—, la madre de Paul Atreides. Querido Paul. Todos se fueron ya.

Tomo una fuerte respiración, se froto la cara…

—Debe hacerse justicia contra los Harkonnen, señor. —Su voz era dura y determinada, sus ojos como cuchillas láser frente a Fenring—. Incluso antes de que la Casa Atreides llegara a este maldito planeta desierto, nosotros sabíamos que había un complot. Sabíamos que los enemigos del Duque intrigaban contra él. El Duque declaro formalmente el kanly contra el barón Harkonnen. Hay antiguas reglas de sangre. Y ahora insisto en mi derecho, Señor, en favor de mi Casa caída y mi noble Duque, pido una satisfacción.

Los ojos de Fenring se alzaron, y una sonrisa sardónica marco su boca. Se reclino, tomo otro sorbo de agua turbia.

—Reglas, sí, reglas, hmmm.

—Las formas han de ser obedecidas.

—Pero, ahhhh, el Duque está muerto, y también su hijo Paul —apunto.

—Lo sé, todas las luces se apagaron, la oscuridad solo vence hasta que otra llama ilumina las sombras. Soy el último oficial vivo del Duque. Reclamo mi derecho al kanly. Terminare esta batalla contra la Casa Harkonnen, a mi manera.

Fenring dejo salir un largo suspiro y tomo la mitad de su agua de un trago.

—Hmmm, los juramentos de venganza son tan tediosos, me aburren tanto. ¿Es por eso por lo que me has traído hasta aquí?

Tuek rápidamente cortó la conversación, con mirada intranquila.

—Mi compañero se centra demasiado en la venganza y olvida la parte más relevante de la discusión. Ha preparado un plan de acción, uno fascinante. Creo estará de acuerdo.

—Los Harkonnen suministran al puesto avanzado militar de Rabban en Carthag con agua que traen en naves desde su planeta natal, Giedi Prime. El agua les cuesta poco, aunque el transporte es caro. Una cisterna de suministro de agua, suficiente para cubrir las necesidades extravagantes de las tropas Harkonnen, llega cada mes. Para la gente de Giedi Prime, solo es agua. Para la gente de Arrakis, es un tesoro, más preciado que la especia. Para algunos más preciado que la vida misma.

—Intentaremos secuestrar una cisterna y robar el agua. —Gurney interrumpió, captando la atención de Fenring de nuevo—. Necesitamos que consiga ayuda de sus contactos, Conde. Debemos tener acceso al Crucero de la Cofradía. Cuando llegue, necesitamos conocer la tripulación y defensas a bordo del cisterna Harkonnen mientras aun este en órbita. Una vez a bordo, nos ocuparemos del resto.

Staban se adelantó:

—Robar la cisterna será una gran vergüenza para Rabban, y además Gurney podrá tomar su venganza y declarar el kanly completo. Como contrabandistas recibiremos un precio en solaris mayor por el agua aquí en Arrakis.

Fenring sonó dubitativo.

—¿Y por qué voy a ayudaros en esto? ¿Qué razón puedo tener?

—Porque le pagaremos un enorme soborno —dijo Gurney.

Staban le miro como si hubiera tragado arena y le hubiera hecho un nudo en la garganta.

Fenring no rio, ni descarto la idea.

—Y la propia Cofradía, que requiere pagos tremendos, hmmm… —Palmeo la mesa. Admito que hay un toque de diversión en poner a Rabban en una posición embarazosa. Nunca es bueno tener un gobernador planetario que crezca en la complacencia. Darle un toque podría ser beneficioso.

Gurney hizo resonar sus puños sobre la mesa.

—Pagaremos lo que crean conveniente. Reuniremos especia adicional, y de ahí sacaremos los fondos que necesarios.

—Aun no he puesto un precio, hmmm. Podrían encontrarlo exagerado.

—Lo pagaremos —dijo Gurney, y Staban le observo. Los ojos de Fenring se achinaron, moviéndolos como si estuviera haciendo cálculos mentales en su mente. A Gurney le recordó como Thufir Hawat se concentraba intensamente cuando hacía proyecciones Mentat.

Entonces Fenring dio una cifra tan astronómica que Staban boqueo de asombro mirándole sin creerlo. Gurney había hecho cálculos por su parte, sabiendo que los contrabandistas y los soldados Atreides encontrarían la manera de lograr especia extra en sus saqueos, quizás con la colaboración de las gentes del desierto, quizás incluso los Fremen.

—Lo pagaremos —dijo el hombre de los Atreides.

III

No fue difícil unir a los habitantes del desierto y los Fremen contra los Harkonnen. Gurney lo sabía, conocía a la Bestia Rabban.

Menos de una semana después de la reunión secreta con Fenring, los exploradores contrabandistas y los cazadores de especia descubrieron una columna de humo como una bandera negra en una llanura del mismo centro del desierto, junto a un cañón, el lugar ocupado por uno de los graben locales. El pequeño poblado recogía las gotas de humedad del aire con grandes condensadores y trampas de viento. La gente escarbaba los minerales de la roca y los metales y sacaba la especia justa del desierto abierto para comerciar en las ciudades por suministros y medicinas necesarias, sin lujos. El humo había flotado durante horas antes de que un observador diera el aviso.

Después de verificar el tiempo meteorológico y que no hubiera gusanos de arena en la zona o ciclones turbulentos en su rumbo, Gurney voló a baja altitud el ornitóptero. Junto a él viajaba un concentrado Orbo, además de Staban y otros diez hombres armados que iban sentados detrás, todos con ropa del desierto. Incluso después de llevar allí varado durante un año entre los contrabandistas, Gurney aun encontraba incomodo prepararse para el combate sin un escudo personal, pero nadie en Arrakis los llevaba. No solo porque la arena y el polvo provocaran fallos de funcionamiento, si no porque el pulso el escudo provocaba la atracción de los gusanos gigantes.

Ningún tipo de protección personal era más valiosa que el riesgo de enfrentarse a un monstruo así.

El torpe Orbo miraba a través del plaz de la ventana del tóptero mientras Gurney volaba hacia el humo.

Uno o dos veces había considerado desafiar al gigantón a un duelo, matarle delante de los otros contrabandistas por el insulto de destrozar su baliset. Las cuevas de los contrabandistas estaban sin música ahora, y Gurney lo encontraba mucho más triste y solitario. Pero sabía que si desafiaba a Orbo, que tenía muchos amigos entre los contrabandistas, dañaría su propia posición ante ellos. Incluso si ganaba el duelo, se tendría que marchar. Gurney no quería eso, no podría afrontarlo. Necesitaba a esos contrabandistas duros, especialmente ahora que estaba tan cerca de lograr lo que quería. No había olvidado a Orbo, pero no le daba mayor importancia de momento, bloqueando como si le pusiera detrás de la muralla de una fortaleza. No permitiría que el incidente le amargara del mismo modo que Rabban lo hizo.

El modo que la traidora Jessica ya le había amargado.

—Sé que eso —dijo Orbo, señalando hacia la superficie. El ruido de las turbinas y el mover de las alas articuladas casi ahogan su voz.

Gurney miro a su lado, a través de la ventana de Orbo.

—¿Qué hay ahí?

Orbo simplemente miraba. Justo detrás Staban miraba cerca.

—Su aldea está ahí fuera. Vino de la gente del desierto y se unió a nosotros. A veces traemos agua y suministros a este lugar.

Mientras Gurney volaba, tuvo una sensación de hundirse con el enorme rizo que formaba el humo a su alrededor.

—Parece que alguien más lo encontró.

Orbo miraba triste. Él ya lo había descubierto por sí mismo.

Los contrabandistas se inquietaron más cuando Gurney piloto el tóptero por los acantilados y el cañón arqueado. Negras marcas de explosiones marcaban el suelo del desierto. Los una vez unidos edificios del puesto avanzado había sido destruidos y quemados. Los cuerpos yacían por las calles, con la piel ennegrecida, algunos de ellos en sus destiltrajes tenían fuegos internos, como una fábrica de sándwiches que cocinaran la carne dentro.

Gurney apenas había aterrizado el tóptero cuando Orbo irrumpió por la puerta y hundió sus botas en la arena. No había fijado sus tapones nasales o la máscara. Siguió adelante, dejando salir sonidos primitivos mientras los demás le seguían.

Gurney apago los rotores, plegó las alas articuladas y se unió a Staban fuera. Mientras, Orbo y los contrabandistas buscaban restos entre las cabañas, las viviendas bajas construidas en los muros del acantilado, los cobertizos de suministros que había sido derribados con explosivos, queriendo encontrar frenéticamente supervivientes. Gurney sabía que no encontrarían ninguno. Rabban nunca dejaría ninguno.

Orbo regreso, con la cara desencajada. El hollín cubría sus mejillas y la ropa del desierto. Otros contrabandistas habían amontonado los cuerpos de los aldeanos, dejándolos sobre el sombrío suelo del cañón.

—¿Quién hizo esto? —Orbo dijo llorando—. ¿Por qué?

—Ya sabes quién lo ha hecho —dijo Gurney—. Quizás tu gente no le pago a Rabban los diezmos que les pedía, o simplemente sus hombres estaban aburridos.

—¿No hay supervivientes? —pregunto Tuek.

—Todos muertos. Quería quemarlo todo y así nadie encontraría esta aldea. Una simple tormenta de arena podría ocultar el resto de las evidencias.

—A Rabban no le importan las evidencias que deja atrás —dijo Gurney—. Es muy feliz dejando que lo encuentres. Docenas de otras aldeas en el pan y el graben han sufrido lo mismo el pasado año. Rabban necesita que le teman todos. Esto es un derroche, no liderazgo.

Cuando miro hacia arriba, capto un movimiento breve en los acantilados de roca, de una figura humana, lanzándose a una hendidura. Con una capa de camuflaje puesta ya no pudo verlo más.

—Fremen, musito Staban.

—Gurney estaba intrigado.

—¿Un testigo, quizás?

—Parecería más que divisó el humo y vino a investigar, y llevarse lo que pudiera.

Gurney observo los cuerpos alineados fuera de la aldea, recordando el rumor de que los Fremen tomaban los cuerpos de sus víctimas y les extraían el agua de su cuerpo. Si, el agua era algo más que una preciosa comodidad allí. Si Gurney y los contrabandistas no hubieran aparecido, puede que los Fremen se hubieran llevado los cuerpos y que nadie hubiera sabido que les había pasado. Miro a los acantilados, no vio más movimientos, puede que el furtivo Fremen ya se hubiera desvanecido. Sospecho que otros estarían observando, también camuflados. Estarían escuchando.

Gurney miro a Orbo, después al líder contrabandista, y grito fuerte:

—Staban, este es el tiempo de la venganza. Me has hecho esperar demasiado. Ahora el pueblo de Orbo está destruido, toda su familia, Staban, tu padre también está muerto. Todos muertos por los Harkonnen. —Subió aún más la voz—: Y todos vosotros, Fremen. Sé que estáis escuchando. Extended la palabra por todos vuestros sietch. Decidle a la gente del desierto en las aldeas de los graben y aquellas escondidas en lo más profundo del desierto que necesitamos una gran cantidad de especia… no para nuestro propio beneficio, si no para hacer los sobornos adecuados. Decidles que tenemos un modo de herir a la Bestia que hizo esto.

Gurney sabía que sus palabras resonarían aquí y que el mensaje seria extendido. Los supervivientes y desconsolados de otras aldeas que ya habían sido presa de Rabban… aquellos que podrían ayudarles. No era el único con justificación para la venganza. Demasiada sangre había sido derramada que no se podría medir en coste de especia.

Tenían tres semanas para lograr una enorme cantidad de melange antes de que el Conde regresara. Ellos lograron más de la que necesitaban en dos.

IV

Doce hombres, todos leales, verdaderos Atreides veteranos para esta misión.

Gurney les selecciono personalmente y eso no gusto a los otros en el escondrijo de los contrabandistas, porque cada uno de aquellos hombres que había sobrevivido a Arrakeen aun servía a la memoria del Duque Leto y su familia y querían compartir con Gurney la búsqueda del kanly. Ellos querían derramar sangre Harkonnen, pero solo podía llevar un pequeño grupo a la misión en el crucero de la Cofradía, donde podrían robar la cisterna de agua de Rabban. Una docena le seguían… y Gurney no les prometió que sobrevivirían. Simplemente les dijo que podrían vivir o morir. Hombres valientes y dedicados.

—¡Por la Casa Atreides! —brindaron, unidos a los otros Atreides que no irían a la misión.

Staban Tuek entonces insistió que también Gurney tomara seis de sus contrabandistas originales para asegurar su propio beneficio así como la venganza de Gurney. Orbo lideró ese pequeño grupo, pero ellos seguirían las órdenes de Gurney, y completarían el plan.

El equipo viajó a escondidas al dañado espaciopuerto de Arrakeen, mucho más pequeño que las plataformas industriales en Carthag, la ciudad de Rabban. Tras el ataque de hacía un año, usando armas modernas y artillería al viejo estilo, los invasores Harkonnen habían dañado mucho el espaciopuerto, y aunque había estado parcheando y reparándolo para hacerlo serviciable, nadie había limpiado los restos de la batalla, ni pensado en hacerlo.

Así era como los Harkonnen actuaban, y Carthag era su capital allí, mientras que Arrakeen era una triste y dolorosa memoria del periodo Atreides. Gurney quería salir del espaciopuerto de Arrakeen con un propósito. No soportaba Carthag y el apestoso aroma de los Harkonnen allí. La ciudad fronteriza de Arrakeen le era más familiar, y más apropiada para el propósito del kanly.

Las formas han de ser obedecidas.

Por su reacción, el Conde Fenring se había obviamente sorprendido de recibir el enorme soborno de especia que había pedido. El montante era tan exorbitante, que jamás habría imaginado que ninguna partida de contrabandistas podría reunirla, pero acepto el cargamento agradecido y sin hacer preguntas. Como respuesta, les dio la vital información que Gurney necesitaba, las tarjetas de acceso de la Cofradía, uniformes robados, códigos de acceso… básico para el robo.

Gurney había liderado a sus propios hombres en la batalla muchas veces. Ellos estaban versados en el código de batalla Atreides, y seguirían sus órdenes de forma instantánea y eficiente. Ellos entendían sus tácticas instantáneamente, y nunca cuestionaban una orden. Él paso más tiempo discutiendo el plan con Orbo y los hombres de Staban. Podían oler el beneficio y el subidón de adrenalina de la aventura. El pensamiento de quedarse con una cisterna entera lleno de agua de los Harkonnen, destinado a las tropas de Rabban, les llenaba de excitación y expectación.

De regreso a Caladan, Gurney había a menudo oído que los hombres medio borrachos en las tabernas del puerto compartían historias absurdas sobre grandes peces que habían estado a punto de pescar en el mar, pero se les habían escapado. La cisterna sería como eso en el plan secreto de Gurney, no revelado a ellos ni a nadie. Su plan tenía dentro otro plan.

El gran pez se les escaparía… o eso iba a parecer.

Los hombres estaban silenciosos, llenos de excitación y vestidos con ropas del desierto como refugiados al igual que otros con los que saldrían desde el espaciopuerto de Arrakeen. El piloto de la Cofradía no hizo preguntas a los pasajeros, simplemente comprobó que sus papeles estaban en regla y habían pagado el pasaje, además del soborno adicional que Gurney había pagado, para asegurar el trabajo. Algunos trabajadores habían pagado su pasaje fuera del planeta, particularmente desde que se había inmovilizado las tripulaciones veteranas para poder incrementar la producción, pero Gurney había encontrado un modo de burlar el sistema.

Los hombres del Duque sabían todos los detalles necesarios. Staban tenía suficientes conexiones para hacerlo. La única parte cuestionable sobre sus disfraces era que esos hombres estuvieran atentos y serios, y los trabajadores que escapaban de verdad de Arrakis estarían celebrándolo. Pero ninguno de su equipo podría encontrar nada dentro de su corazón para interpretar esa parte, incluso si se lo hubiera pedido.

El transporte era un antiguo modelo de nave con algunas comodidades. Gurney se abrocho los cinturones de su asiento, asegurándose contra los violentos temblores que la nave tendría por escapar del pozo de gravedad del planeta, como un hombre viejo levantándose. A través de los ventanucos de plaz podría ver la costra rajada del desierto quedándose atrás, manchada por el polvo naranja. Torció su mirada hacia arriba, donde estaba el cielo oscuro y la tenue atmósfera que había antes del espacio, y el gigantesco crucero de la Cofradía que les esperaba.

Su pulso se aceleró. Los planes y las memorias colisionaban en su mente, y los dedos se movían involuntariamente, como si estuviera tocando imaginariamente un baliset.

Sus hombres murmuraban entre ellos, pretendiendo tener un poco de conversación pero sin prestar mucha atención a las palabras. Gurney se centró en sus pensamientos, revisando cada paso que deberían tomar antes de alcanzar la gigantesca nave.

El enorme crucero transportaba incontables naves en muelles separados. Un navegante de la Cofradía podía plegar el espacio y transportar al inmenso crucero de sistema estelar en sistema estelar, parando cada vez que las pequeñas naves tenían que desembarcar en sus destinos. Pero primero, tenía algo que hacer…

El transporte salió de Arrakeen y alcanzó la órbita menos de una hora antes que el crucero llegara. Gurney había puesto total confianza en los informes de Fenring, pero también tenía alguna razón para no creerle del todo. «Los visionarios y los locos se alimentan a sí mismos de optimismo, no de pan». A pesar de eso, Gurney pensó que podía confiar en Fenring para llevarles hasta la gran nave. Después de eso, no podría

contar con nada más que con las habilidades, dedicación y el coraje de sus mejores hombres.

El transporte llego al interior de la enorme nave, maniobrando en el espacio central en cuanto las grandes puertas y el trabajo de administración tuvo lugar, con los oficiales de la Cofradía contabilizando todas las naves que llegaban, asignándoles un dique, comprobando la documentación también de las naves que partían hacia Arrakis.

De acuerdo con Fenring, el soborno a la Cofradía era suficiente para que burocráticamente detuvieran la marcha de la cisterna de agua de Rabban.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Gurney a sus hombres, repitiendo lo que les dijo antes.

Orbo mantenía sus manos frente a él, con las palmas abiertas y los dedos entrelazados como si estuviera pensando en estrangular a una sucesión de enemigos. Había estado terriblemente triste desde que la matanza de su aldea por las tropas de Rabban.

El crucero atraco, su esbelta forma atrapo la abrazadera y un tubo de desembarco salió de la pared del crucero, conectando la escotilla principal con el crucero. Gurney señalo a sus hombres indicándoles que llegaba la hora. Cuando la escotilla se abrió, lideró a su grupo a través del tubo de desembarco, quitándose el polvo del desierto de sus ropas como si ya no lo necesitaran más. Bajo las ropas tradicionales, llevaban uniformes de la Cofradía que Fenring les había conseguido. Gurney había usado maquillaje sobre su cicatriz en la cara, pero sus rasgos abultados y su paso característico nunca podrían engañar a alguien que le fuera familiar.

Gurney trataría de matar a cualquier Harkonnen pudiera reconocerle mínimamente. Y si ellos no le reconocían, los mataría igual, pero quizás no tan rápidamente. Afortunadamente, muchos hombres de la Cofradía también tenían rasgos imperfectos. Se sentía confortable en su nave, le quedaba bien.

Una vez fuera del crucero, Gurney consulto el detallado esquema que Fenring y la Cofradía le habían proporcionado. Sus hombres tenían trabajo que hacer a través de las cubiertas internas del carguero para encontrar el cisterna Harkonnen, una nave trivial entre las miles que de naves que llevaba este enorme transporte.

Dentro de las cubiertas apiladas del casco usaron tubo-transportes sentándose junto a hombres de la Cofradía que no mostraban ningún interés en su presencia. El equipo de Gurney viajó a lo largo del casco, ascendiendo hasta alcanzar el sector que contenía el muelle con la pinza que sujetaba la cisterna.

Gurney y los hombres uniformados llevaban herramientas, mochilas, equipo de diagnósticos y documentos falsos que demostraban que habían venido a inspeccionar el manifiesto de carga del transporte Harkonnen. Todo perfectamente rutinario. Gurney sabía que ninguno en la tripulación Harkonnen sospecharía porque eran arrogantes. Sus hombres también llevaban mochilas con armas escondidas, cuchillos y pistolas maula, así como escudos personales —los cuales no podían usar nunca abajo en el desierto— pero Gurney insistió en llevarlos. Esta podría ser su forma de lucha, y en sus términos, su propio ataque furtivo.

Gurney además tenía una sorpresa especial dentro de su mochila, algo que requería el kanly que quería ejecutar.

Sus hombres concentrados e intensos, tenían sus ojos brillantes y con el azul intenso que daba el consumo frecuente de la especia melange. Este color distintivo podría haber sido problemático, excepto porque los hombres de la Cofradía también consumían de forma excesiva melange. Con total probabilidad nadie se cuestionaría la coloración… al menos no antes de que su equipo hubiera tenido su oportunidad.

Gurney se sintió aliviado cuando llegaron a la rampa asignada para la cisterna Harkonnen. Gurney uso sus tarjetas de acceso, sin tener otra opción que fiarse de Fenring y sus aliados en la Cofradía que habían desviado a los otros equipos de inspección, dejándoles el camino abierto a él y su tripulación. Como manera de proceder, la Cofradía no se involucraba en riñas entre Casas o feudos, especialmente por algo como un simple cisterna… y menos aún por el arrebato de ira de los últimos supervivientes de una Casa noble caída del Landsraad. La Casa Atreides era irrelevante para ellos, pero no lo era para Gurney y sus hombres.

Los seis contrabandistas de Staban eran de sobra eficientes, y prácticos, pero los hombres Atreides eran otro nivel más alto, más intenso. Orbo casi tenía aquello, impresionando a Gurney un poco, pero no haciendo que bajara la guardia. Recordó algo del asesinato del Duque Leto y se dijo una vez más: «Un enemigo puede estar en cualquier parte, declarado o no».

Al final de la rampa estaba la escotilla abierta de la cisterna, y ellos entraron a bordo a través de una cubierta inferior. Dentro, un ingeniero, que parecía de mal humor, se quedó con los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido en su cara. El símbolo del grifo y el color de la Casa le hicieron un nudo en el estómago a Gurney, pero mantuvo la expresión neutral.

—De una maldita vez, —dijo el ingeniero—. Debemos partir con hora. Hagan su inspección y les firmare el parte de trabajo.

—Seremos más rápidos si nos deja realizar nuestro trabajo, —dijo Gurney.

—Muy bien, háganlo entonces, —dijo el ingeniero Harkonnen—. Ya tengo bastante con este maldito trabajo de tratar de llevar este cargamento a Carthag. El capitán dice que ha habido una alerta de seguridad del Crucero, y todos tenemos que completar estos simulacros sin sentido. No tengo tiempo de enseñarles todo esto.

Gurney sintió un escalofrío, y sus hombres cruzaron las miradas unos con otros. Uno se llevó la mano nerviosamente hacia su mochila y el arma escondida, pero Gurney hizo un gesto para calmarle.

—Seremos eficientes, —dijo. Solo necesito ver la bodega de carga, y estos hombres verificaran sus motores atmosféricos.

Mostrando impaciencia, el ingeniero les señalo en varias direcciones para la inspección.

—Alerta de seguridad, ¿Gurney?, —musito uno de sus hombres, tan pronto como el ingeniero no podía oírles—. ¿Crees que podríamos haber sido traicionados?

—Siempre hay una posibilidad de ello. He oído que estas alertas de seguridad son comunes en los Cruceros. Esta es una tripulación nueva. ¿Has visto el agua en sus rostros? Nunca han estado en Arrakis.

—Ningún aprecio por el agua, eso es seguro —dijo otro.

—Tenemos ventaja. Ahora adelante.

Los hombres se separaron, y fueron hacia sus «inspecciones de la Cofradía». Sus uniformes les hacían invisibles ante la tripulación Harkonnen. Gurney esperaba que no empezaran a matarles antes de tiempo, o antes de que pudieran avisar a alguien. Fenring había avisado a Gurney que no hiciera ningún movimiento hasta que la cisterna abandonara la bodega del Crucero y estuviera libre de la jurisdicción de la Cofradía, algo que dejo suficientemente claro.

Actuando como «Inspector jefe de carga», Gurney fue hacia la mampara más baja que sellaba el compartimiento que contenía la enorme burbuja de agua… agua de Giedi Prime, un lugar donde la sustancia más especial era el aire fresco, y en el que un cargamento como este le costaba al Barón Harkonnen casi nada y en Arrakis era un tesoro de valor incalculable.

Las puertas de observación de plaz que daban a la bodega de carga, solo mostraban agua turbia, pero Gurney sabía de su potencial. Esta agua representaba la venganza para él. Kanly. Representaba esperanza y muerte. Una sonrisa apareció en su cara.

Encontró un acceso desde donde se podía testar una muestra de agua, pero Gurney supuso que el capitán de la cisterna nunca lo habría utilizado. Los Harkonnen no apreciaban el valor del agua como los habitantes del más seco de los planetas del universo.

Él se quitó la mochila y se puso a trabajar en su plan secreto, algo que incluso sus más fieles seguidores desconocían.

Cuando estuvo hecho, Gurney miro a la preciosa carga por la ventana de plaz y se sintió sediento pero por otro motivo.



V

Fue muy sencillo intervenir los sistemas de la cisterna. Haciendo su papel de funcionarios de la Cofradía, Gurney y sus hombres verificaron los motores de la cisterna, reconocieron la carga de agua que llevaba y autorizaron la salida desde el carguero. Una hora más tarde, después de que casi todos las otras naves que salían hacia Arrakis ya hubieran dejado los muelles y descendieran al planeta desierto, el cisterna estaba preparado para salir. Los inspectores de la Cofradía marcharon a través del tubo de acceso a la cubierta principal, o al menos eso mostraban las grabaciones, y el capitán recibió la autorización de partida.

Pero después de que Gurney y los suyos supuestamente dejaran el tubo de acceso, dos de sus hombres permanecieron atrás, escondidos en la cubierta de motores, desde donde podrían manipular los sensores de la puerta sellada. Cuando estuvo listo, dejaron a los guerreros entrar de nuevo, y fueron tomando posiciones en lugares escondidos de la maquinaria. Gurney eligió un sitio poco elegante para esconderse, pero serian solo diez minutos hasta que la nave dejara el Crucero, y descendiera en espiral hacia el planeta desierto y llegar a Carthag.

Acurrucados en las ruidosas y oscuras cubiertas inferiores, sentían los golpes y vibraciones del casco mientras la cisterna partía libre del muelle. Los lentos motores suspensores guiaron con cuidado el cisterna entre las otras naves amarradas en la bodega del carguero, y al fin salió al espacio libre sobre el planeta desierto. Conectaron entonces los motores principales, conduciéndolo hacia Arrakis.

El corazón de Gurney latía como si hubiera tomado una dosis alta de estimulantes. La venganza era estimulante. Todos sus hombres sentían lo mismo, Orbo parecía tenía la mirada perdida al frente, como imaginando a sus enemigos estrangulados por él.

Ocultándose entre los conductos y tuberías de refrigeración, Gurney contuvo su aliento, contando silenciosamente mientras la cisterna se alejaba del Crucero. Cuando supo que estaban a salvo, Gurney gesticulo a parte de su equipo. Ellos atacarían los escudos, cortándoles la energía. Después, cerro sus ojos, musito una oración, alzo una mano, y el resto de sus hombres surgieron por todo el compartimento.

Marcharon de los escondites con un solo objetivo: alcanzar el puente de mando y tomar el control de la cisterna. De acuerdo con Fenring, solo había una tripulación de siete Harkonnen en el puente, cuatro más en los motores y dos más en otras gestiones de la nave. Gurney tenía suficientes hombres para tomar la nave, y el elemento sorpresa.

El impaciente ingeniero fue el primero que encontraron. «No estaréis tratando de…».

Uno de los contrabandistas disparo una pistola maula, que clavo sus proyectiles por todo el pecho del ingeniero. El sonido del arma al disparo fue fuerte, pero quedo ahogado por los ruidos de los motores. Otro ingeniero cayo, mientras iba por ayuda. Gurney corrió tras de el con el cuchillo en una mano. Prefiero usar un toque más personal para darle muerte, porque aquel era un asunto muy personal. Tomo al hombre por la espalda

tapándole la boca con la otra mano y le corto la garganta, dejando que la sangre inundara el muelle.

Gurney entonces supo que había vivido mucho tiempo en Arrakis, porque su primer pensamiento no fue de victoria, si no por el gasto inútil de agua que se escapaba por las arterias de aquel hombre.

El equipo siguió avanzando, independientemente de su eficacia, centrados en el objetivo. Fácilmente encontraron otros dos trabajadores en la cubierta de máquinas y los eliminaron sin más. Gurney condujo al equipo hacia el puente de mando.

Subieron escaleras mecánicas a toda prisa, pasaron a través de mamparas. Un hombre somnoliento surgió de los cuartos de la tripulación, y quiso dar la alarma. Orbo le dejo con la boca abierta mientras le agarraba de la cabeza y le partía el cuello, lanzándole con disgusto sobre la cubierta.

—Un nivel más arriba, —dijo Orbo. Ahí están los controles.

Gurney y sus hombres corrieron, lanzando ráfagas, cargando con otros dos soldados Atreides a la cabeza. La mampara de la entrada hacia un cuello de botella y solo podían pasar de tres en tres, y entonces vio lo que se había temido.

Además de la pequeña tripulación, veinte soldados armados Harkonnen les hicieron frente. Las alarmas comenzaron a sonar en la cisterna.

Mientras Orbo y dos contrabandistas accedían, uno de ellos grito:

—¡Nos han traicionado! ¡Son demasiados!

—No demasiados para nosotros. Gurney activo su escudo personal. Los otros hicieron igual.

Con un rugido, Orbo se abrió paso hacia ellos, arrojando de un lado del puente a otro a los soldados Harkonnen.

—¡Usa tu escudo! —le grito Gurney.

—No necesito un escudo —Orbo replico estampando a otros dos soldados Harkonnen, haciendo chocar sus cabezas. Fue a luchar contra dos más, pero abrieron fuego, haciéndole pedazos. Siguió hacia delante, y el gran contrabandista noqueo a los dos guardias, mientras más soldados Atreides accedían al puente.

Los Harkonnen tenían armas avanzadas, pero los hombres de Gurney luchaban enloquecidos. El piloto continuaba en los controles, concentrado en la consola, y mirando nervioso mientras la batalla seguía tras de sí.

—Estamos en inferioridad, Gurney. ¡Pero lucharemos hasta la muerte por la Casa Atreides!

Los otros se sumaron al grito.

—¡Por la Casa Atreides!

Gurney le corto la garganta a otro soldado, y miro alrededor del puente, buscando otras amenazas. Fenring le había proporcionado un esquema de la cisterna. Había una capsula de salvamento junto al puente, que tenía en mente y no conocían sus hombres, lista para escapar.

Los Atreides lucharon furiosamente. Ya habían perdido demasiado con el asesinato del Duque, y deseaban hacer pagar con sus vidas si fuera necesario el Kanly de venganza de Gurney, como si fuera propio. No tenían necesidad de vuelta atrás. Ya habían matado a cinco Harkonnen, perdiendo a Orbo, otro contrabandista y dos Atreides.

Entonces otra puerta secundaria se abrió y surgieron diez soldados Harkonnen más. La desesperación surgió en su equipo, particularmente en los hombres de Staban.

—¡Esto no es lo que nos prometieron!

—¡No te prometimos nada!, —dijo Gurney, solo te di la información que era relevante. ¿Vas a gimotear y lloriquear o vas a luchar?

—¡Por los Atreides!, —gritaron los suyos, y el ataque fiero hizo retroceder a los guardias, pero con alguna baja entre los hombres de Gurney. Con el pecho destrozado, uno de sus hombres fue hacia el piloto y le dispararon en la cabeza con la pistola maula. El piloto cayó junto al ensangrentado Atreides, que tomo los mandos de la nave. La cisterna empezó a dar bandazos, los vientos y los remolinos de polvo empezaron a chocar contra el casco.

La cisterna estaba fuera de control. Los Harkonnen habían tratado de enviar una señal de ayuda, pidiendo auxilio, y Gurney no tenía dudas que los guerreros Harkonnen de Carthag les esperaban en su base militar.

No tenía suficiente tiempo, y ya había perdido demasiados hombres. Habían presentado batalla, nadie tendría duda de que los habían intentado. Pero el kanly completo requería ahora del siguiente paso, su plan secreto.

—No podemos ganar, y no os dejare a todos morir aquí. ¡A la capsula de salvamento!

Luchando furiosamente, el equipo reacciono sin desmayo.

—¡Moriré por la Casa Atreides!

—¡No será necesario! Gurney corrió por el lado de estribor del puente. ¡Vamos hacia la capsula, todos conmigo!

Un guardia Harkonnen se lanzó contra él, bloqueándole con su escudo activado. Agarrándose, trato de penetrar dentro de su escudo, lentamente, pero Gurney se adelantó clavándole su cuchillo en los intestinos, encontrando y cortándole la arteria abdominal. Se desangraría en segundos. Activo la escotilla de la capsula.

—¡Conmigo, moriréis si os quedáis aquí! ¡Naves Harkonnen ya vienen!

—¡Pero no podemos irnos sin más! —dijo uno de sus hombres.

—Lo haremos, yo lo ordeno. Les hemos golpeado y volveremos a luchar en otra parte. —Gurney dejó caer al Harkonnen que aun sostenía en brazos. Cayo de espaldas en la gran capsula de salvamento y sus reacios hombres tras el. Los últimos aun lucharon, cayendo tres de ellos… tres más que debería añadir a los versos de la triste canción de la victoria.

La cisterna crujía a través de la atmósfera, dejándolo caer desde el cielo. Gurney tomo los mandos de la capsula, y desde allí de la propia nave, intentado estabilizarla. Justo después de que la nave se desacoplara, supo que el cisterna llegaría a Carthag como se planeó, pero con la tripulación superviviente diezmada. Rabban lo llamaría una victoria.

—¡Ahora! —grito Gurney, dejando el control de la nave. La capsula volaba peligrosamente a baja altitud, llevada por los vientos. La torpe capsula tenía unos control mínimo, pero esperaba que los tópteros Harkonnen que les persiguieran desde la ciudad industrial estuvieran más interesados en salvar el cisterna y su valiosa carga.

Gurney controlo la capsula, mandando una señal codificada a Tuek, pidiéndole que los contrabandistas les interceptaran allí donde cayeran en el desierto. Rezo porque pudiera guiarla cerca de unas rocas y evitar ser tragados por un gusano de arena. Los otros cinco supervivientes necesitarían atención médica, estaban heridos.

Se sentó encorvado sobre sus rodillas. El maquillaje sobre su cicatriz se había corrido por el sudor. Pensó en su hermana violada y asesinada por la Bestia Rabban, pensó en el Duque Leto y su querido amo Paul.

Lo había dado todo por ellos, y podrían contar incluso con su lealtad en la muerte.

VI

En el sietch escondido de los contrabandistas, en el desierto profundo, el ánimo era una mezcla de enfado unido con odio. Mientras las defensas aéreas Harkonnen se lanzaban para interceptar y escoltar al cisterna, la capsula de salvamento de Gurney se estrellaba en el desierto. Bien lejos de la cisterna, las naves de los contrabandistas los recuperaron a tiempo de evitar una tormenta que se preparaba en la atmósfera, y llevarles rápidamente al abrigo de rocas y cañones del desierto. Los Harkonnen encontraron la capsula, pero a ninguno de los contrabandistas, y la tormenta les hizo volver a Cartagh.

En los túneles, la mirada de Staban Tuek era como un arma que quisiera fusilar a Gurney. Pero Gurney seguía agarrado a la vida. Los muertos habían sido contados después del ataque, y los contrabandistas estaban espantados por las bajas de trece hombres, cuyos cuerpos habían dejado en las fauces de los animales Harkonnen. A Gurney aquello le enfermaba. De doce, nueves leales Atreides habían sido asesinados y cuatro de los contrabandistas más veteranos, pero ellos ya sabían muy bien por quien peleaban, ninguno de ellos hubiera tenido dudas.

Sintió tristeza por Orbo, incluso después de que aquel hombre hubiera destrozado el baliset de Gurney, robándole la música que sonaba en el refugio, como la especia que robaban a los Harkonnen. En su vida, Gurney había mantenido demasiado rencor, pero este no quería fuera uno más. Entendió a Orbo, le quiso apreciar por su coraje. El grandullón había luchado contra Harkonnen y esa fue su propia venganza.

Gurney hubiera querido que conociera el resto del plan.

—Escribiré una canción para ellos —dijo Gurney, perdido en sus pensamientos—. Un verso para Orbo y sus hombres, y otro para los valientes hombres del Duque. Todos serán recordados.

La cara de Staban enrojeció, sus ojos se cerraron. El líder contrabandista se sacudió en su oficina dentro de la cueva.

—¿Recordados, Gurney Halleck? Ninguno entre nosotros olvidara esto. El asalto fue fallido. Los Harkonnen lucharon mejor de lo esperado. —Se adelantó y señaló a Gurney en la cara—. No esperaba que fueras un cobarde.

—Estábamos en inferioridad y teníamos bajas. No hubiéramos sobrevivido, tuve que echarle coraje y usar mis capacidades al máximo para traerles a casa.

—Deberías haber luchado más duro, y más tiempo. Perdimos buenos hombres, algunos de mis mejores. Gracias a ti y tu loco plan, gastamos medio años de ganancias en el soborno de especia para Fenring y la Cofradía… —Respiró profundamente, como si apenas pudiera decir más del disgusto—. ¡Y perdimos el agua! ¡Toda! Nunca pensé que podrías rendirte tan fácilmente. El gran Gurney Halleck. Pensaba que toda tu furia y pasión estarían puestas en este plan. Te retiraste demasiado pronto, he oído lo que cuentan.

Gurney pensó en la batalla, los Harkonnen armados en el puente.

—Ninguno de nosotros esta avergonzado de como luchamos. Matamos a muchos. Hombre por hombre, sus bajas fueron el doble.

—Pero nuestras bajas cuentan más, —dijo Staban—. Ahora tengo que encontrar más hombres para reemplazar a los que perdiste. —El líder contrabandista sonaba exhausto. Sacudió la cabeza mientras reiteraba—. Y perdiste toda el agua.

El odio de Gurney estallo. Lo había contenido demasiado tiempo, justo hasta que el asalto había terminado, aquello era veneno a fuego lento con todo lo que había ido mal desde Arrakeen hacia un año.

—No quería ese agua, —confeso—. Quería venganza, quería el Kanly.

Marcho, dejando a Staban confuso. Regreso a la capsula y encontró el uniforme del último Harkonnen que mato. Reparo el corte del cuchillo, estaba en buen uso y lo limpio de sangre. Tenía todo lo que necesitaba. Debía regresar a Carthag, y debía hacerlo deprisa.

VII

El uniforme le sentaba suficientemente bien, a pesar de las marcas y el hecho de que los otros podían verle y considerarle un Harkonnen. Pero ese disgusto era necesario. Gracias a la represión que Rabban infligía a sus propias tropas, así como las gentes oprimidas que trabajan en la guarnición, pocos harían preguntas. Gurney debería usar sus propias sospechas y miedos contra ellos, contra el mismo Rabban.

Carthag estaba en alerta máxima tras el intento de secuestro de la cisterna. El hecho de que algunos hombres habían usado el nombre de los Atreides durante el asalto, había hecho que los Harkonnen estuvieran vigilantes y aturdidos, incluso a pesar de haber derrotado a los asaltantes. Y Rabban había declarado un día de celebración.

El cisterna había sido traído con una guardia numerosa y Rabban hizo atrevidos comentarios de como los contrabandistas habían sido contenidos y los últimos vestigios de los Atreides eliminados vergonzosamente. Había mutilado los cuerpos de los contrabandistas caídos, incluidos los hombres de Gurney, en un espectáculo público macabro. Y cuando la gente de Carthag no aplaudía lo suficiente, daba órdenes para que lo hicieran, y ellos obedecían.

El incremento de seguridad llevo consigo mayor represión de las tropas Harkonnen sobre la población de Carthag. Gurney había pasado muchos años horribles en Giedi Prime bajo la bota Harkonnen y podría hablar convincentemente a las tropas y que no notaran nada. La marca Harkonnen era evidente en el.

Gurney ajusto su uniforme, pero había retirado la insignia de la cisterna para evitar preguntas. No tendría estomago para soportar la admiración de otros soldados que le felicitaran, y además, ninguno de los supervivientes del cisterna estaba a la vista, incluso en aquel día de fiesta.

Si, Rabban había declarado la victoria y reconocido públicamente a los miembros de la tripulación por su valentía en el asalto. Pero Gurney había hecho sus pesquisas y no estaba sorprendido al saber que Rabban los había asesinado tranquilamente porque habían permitido que ocurriera el asalto.

Gurney sabía que Rabban no permanecería tranquilo por la victoria sobre aquellos leales Atreides. Se congratuló al oír un rumor de que la capsula se había estrellado y los contrabandistas que quedaban muertos. No importaba cuanta gente de Carthag lo supiera. Gurney estaba satisfecho con que Rabban creyera que los renegados habían muerto.

Gurney caminaba confiado entre los barracones mostrando sus órdenes a las tropas a las que se presentaba. Les decía que tenía órdenes directas del mismo Rabban, y nadie osaba contradecirle. Una capucha le cubría el pelo y parte de la cara, el uniforme estaba polvoriento y ciertas marcas ocultas.

Ahora que la cisterna estaba a salvo, Rabban quería demostrar generosidad, para mostrarle su aprecio a las tropas que le servían en aquel asqueroso planeta. En el comedor principal, había convocado a sus hombres. Gurney tenía que ver esto con sus propios

ojos. Alguno tenía que ser testigo de su venganza, en nombre de su amado Duque Leto y todos sus hombres que murieron a manos de los Harkonnen.

Gurney se deslizo desde un punto a otro como si tuviera un destino, pero sencillamente quería mantenerse en movimiento, observando. Los soldados hablaban en voz baja mientras miraban sus bandejas de comida. Muchos de los hombres se habían quitado los tapones nasales y las máscaras en los barracones, pero aun llevaban la ropa del desierto. De un vistazo podía decir quienes llevaban un año en Arrakis y quienes eran nuevos reemplazos.

Gurney los quería ver a todos muertos. Todos eran Harkonnen. Ninguno, ni el último reemplazo, era inocente.

La propia existencia de Rabban era como pólvora abrasiva en las arterias de Gurney, colocando el centro del dolor en su pecho. El fornido hombre se sentó en una mesa puesta sobre las tropas para que pudiera verlo todo. Rabban tenía su propia ración extravagante de comida. No se quedó sentado el nuevo gobernador de Arrakis. Levanto una copa de cristal en su mano izquierda y dijo:

—Tenemos el agua, y en Arrakis el agua es vida. Nuestra cisterna llego a destino, pero estuvo muy cerca el desastre. Este planeta es peligroso, y hay algunos que desean dañar nuestro mandato.

Con la otra mano sostenía una jarra de agua que derramo en la copa.

—Aquellos que trataron de robar la cisterna quieren robar nuestras vidas, pero les detuvimos. —Estrello la copa contra la mesa, rompiendo el cristal y derramando agua… algo estúpido e inútil en Arrakis—. ¡Les detuvimos! —gritaron sus hombres—. Esta agua es de la cisterna. Raciones extra para vosotros en esta comida, sabed así lo que os aprecia la Casa Harkonnen.

Los sirvientes aparecieron y los soldados enmudecieron, pero esta vez el silencio era más de curiosidad que de miedo.

—Una copa por cabeza de los nuevos suministros. Aquellos de vosotros que ya habéis estado con nosotros sabéis el alto valor de esta recompensa que os doy, el supremo valor del agua en Arrakis.

Los soldados gruñeron y gritaron, y Rabban alzo su copa de cristal, esperando que los sirvientes pasaran por la sala a repartir el agua. Alguien puso una copa junto a Rabban, pero él la rechazó sacudiendo su cabeza. El sirviente le miro atónito.

—Pero señor, eso es… ¿no queréis ni un poco de agua? —Rabban rehusó de nuevo, y el sirviente a escondidas se sirvió una copa para sí mismo y se la trago.

En su propia copa, Rabban sirvió un líquido blanco de una botella verde.

—¡Lo celebrare con mi propia recompensa: vino de Caladan! ¡Bebamos! —Bebió de su propia copa mientras los otros consumían su agua.

Gurney no se había esperado eso, pero no mostró ninguna emoción y se mantuvo en movimiento, como si le reclamaran en otro sitio. Se quedó mirando. Esperando.

Durante la siguiente hora, Rabban consumió dos botellas de vino de Caladan y le pidió a los sirvientes que le abrieran una tercera. Estaba borracho y Gurney se impacientaba. ¿Por qué no bebe nada de agua?

Tomó noventa minutos que la neurotoxina en el agua hiciera su efecto a los demás. Gurney sabía que tardaría un tiempo, pero se mantuvo allí, aunque temía que fuera descubierto y sabía que necesitaba irse. Algunos se daban cuenta que estaba de pie y no bebía agua, ni celebraba nada con ellos.

Rabban noto su presencia desde su alta mesa. Observo la mirada enfadada de Gurney, y lo reconoció en su borrachera, le vino un doloroso recuerdo antiguo. ¿Recordaría Rabban que había hecho con la hermana de Gurney hacia tanto tiempo, la violación, el asesinato? ¿Y qué había hecho con Gurney, la cicatriz con el látigo? La cicatriz le ardía en su mejilla, y estaba seguro que el maquillaje ya no la cubriría. Rabban vacilo.

De pronto uno de los soldados gruño y se estampo contra la mesa. Otros se retorcieron con espasmos, deslizándose de sus bancos al suelo polvoriento. Uno tras otro. Las tropas Harkonnen dentro de los barracones estaban poseídas por paroxismos de dolor, vomitando, los ojos vueltos. Las alarmas sonaron, los médicos acudieron, pero nada podrían hacer. Habían bebido del agua del cisterna que Gurney había envenenado, y sabía que no había antídoto. Aquellos con una masa corporal menor fueron los primeros afectados, mientras que los más grandes les miraban con horror, aterrorizados por lo que les ocurriría en unos minutos… y llegaría ese momento.

Rabban se levantó lo suficiente para llamar a la guardia y ordenar que encontraran al perpetrador, pero sus protectores ya estaban debilitados. Gurney los vio morir, uno tras otro, con dolores espantosos. Al final de la noche, cientos de tropas Harkonnen yacían muertos, todos envenenados por la toxina mortal que introdujo durante la inspección casual de la Cofradía desde la trampilla de acceso de la bodega. Solo una pequeña ración era suficiente, pero Gurney le añadió más… suficiente para matar a toda la población de Carthag.

Pero la Bestia Rabban no compartía el agua con los civiles, sirvientes, mercaderes… Se la había dado a sus tropas, y les había condenado a muerte.

—¿Kanly? —pregunto en un tono burlón a los hombres muertos que le rodeaban.

Gurney huyo fuera de los barracones antes de que alguien hiciera preguntas. Recordó como los Harkonnen conquistaron Arrakis, no porque pagaran a un traidor o porque estaban en posesión de mejores armas, si no porque usaron armas arcaicas y poco ortodoxas, un método que ni Thufir Hawat había anticipado. Para el ataque sobre los Atreides, los archienemigos habían usado artillería, viejos proyectiles que estaban obsoletos por la prevalencia de los escudos. Muchos Atreides habían muerto aquella noche en cuevas de la Muralla Escudo, bombardeados.

El Duque Leto había dicho:

—Sus mentes simples alcanzan para un truco sencillo. No contábamos con ningún truco sencillo.

Ahora Gurney se había tomado la revancha por sí mismo.

Staban Tuek, el Conde Fenring y los representantes de la Cofradía habían creído que el verdadero objetivo de Gurney era robar el agua de la cisterna, y así lograr una cierta revancha. La pérdida del agua habría traído problemas serios a la guarnición de Arrakis y causado un enfado tremendo a Rabban.

Pero para Gurney, robar la cisterna —o tratar de hacerlo— era una mera diversión. Nunca habría tratado de escapar con esa agua porque ya la había envenenado al abordar la nave. Porque había luchado tan decidido y perdido hombres, los Harkonnen no tendrían dudas de que el asalto era real. Ellos simplemente no tenían la imaginación para ver que había planeado Gurney de verdad.

Y como conocía el comportamiento pasado de Rabban, ya sabía que trataría de comprar la lealtad de sus tropas con algunos sorbos de agua envenenada, sin saberlo.

Todas aquellas muertes… Rabban lo taparía, pondría excusas a su poderoso tío, y el Barón Vladimir Harkonnen no le creería nada.

Gurney tomo aire profunda y satisfactoriamente, y sintió un estremecimiento, no tanto de alivio como de aceptación. Había logrado el Kanly. Y si el mismo Rabban hubiera tomado el agua envenenada, su venganza hubiera sido un poco más dulce. Pero esto era solo por ahora. Por el Duque, por Paul. No era suficiente, pero Gurney había enviado un poderoso mensaje.

Aun llevando el uniforme Harkonnen, Gurney escapo fuera de los barracones de la guarnición, dejando atrás los gemidos de los moribundos, así como las alarmas y los gritos de los médicos. Gurney se esforzó por no poner una sonrisa en su cara. Después de esta masacre, debía dejar Carthag y volver con los contrabandistas.

Pero no se marcharía aun de la ciudad. Quería ir al centro, encontrar un mercader y gastar algo del dinero que había traído consigo. Necesitaba comprar un nuevo baliset, uno que hiciera música dulce para hacer compañía a los contrabandistas en su escondite.

Ahora Gurney tenía una nueva canción que componer.